AGUSTÍN MORETO

El desdén con el desdén

Comedia en tres actos y en verso

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

El desdén con el desdén

El desdén con el desdén

Comedia en verso original del inmortal poeta

AGUSTÍN MORETO

Refundida en tres actos por

LUÍS SUÑER CASADEMUNT



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

PERSONAJES

CARLOS, CONDE DE URGEL
EL CONDE DE BARCELONA
EL PRÍNCIPE DE BEARNE
DON GASTON, CONDE DE FOX
POLILLA, gracioso
DIANA, hija del Conde de Barcelona
CINTIA, Prima de Diana
FENISA } Damas
LAURA } Damas

Damas ý Caballeros

La escena en Barcelonà



ACTO PRIMERO

Lujoso salón en palacio. Puerta grande al foro que da a una amplia galería. Puertas laterales en primer término a derecha e izquierda, ocultas por tapicerías corridas. Mesa en segundo término derecha. Muebles lujosos y ricos.

ESCENA PRIMERA

CARLOS y POLILLA.

CAR. Yo he de perder el sentido
con tan extraña mujer.
POL. Dame tu pena a entender,
señor, por recién venido.
Cuando te hallo en Barcelona
lleno de aplauso y honor,
y tu heroico valor
todo su pueblo pregona;
cuando sobra a tus victorias
ser Carlos, Conde de Urgel,
y en el mundo no hay papel
donde no escriban tus glorias,
¿qué causa ha podido haber
de que estés tan mal guisado?
que, por más que la he pensado
no la puedo comprender.
CAR. Polilla, mi desazón
tiene más naturaleza;
este pesar no es tristeza,
sino desesperación.

POL. ¿Desesperación? Señor,
que te enfrenes te aconsejo;
que tiras algo a bermejo.
CAR. No burles de mi dolor.
POL. ¿Yo burlar? Esto es templarte;
mas tu desesperación,
que tanta es ¿a qué razón?
CAR. La mayor.
POL. ¿Cosa de ahorcarte?
Que si no, poco te ahoga?
CAR. No te burles que me enfado.
POL. Pues si estás desesperado,
¿hago mal en darte soga?
CAR. Si dejaras tu locura,
mi mal te comunicara,
porque la agudeza rara
de tu ingenio, me asegura
que algún medio discurriera,
como otras veces me has dado,
con qué alivie mi cuidado.
POL. Pues, señor, polilla fuera;
desembucha tu pasión
y no tenga tu cuidado,
teniéndola en el criado,
Polilla en el corazón.
CAR. Ya sabes que a Barcelona,
del ócio de mis Estados,
me trajeron los cuidados
de la fama que pregona
de Diana la hermosura,
de esta corona heredera,
en quien la dicha que espera
tanto príncipe procura,
compitiendo en su deseo
gala, brío y discreción.
POL. Ya sé que sin pretensión,
viniste a este galanteo
por lucir la bizarría
de tus preciados blasones,
y que en todas las acciones
siempre te has llevado el día.
CAR. Pues oye mi sentimiento.

POL. Ello ¿estás enamorado?
CAR. Sí, estoy.
POL. Gran susto me has dado.
CAR. Pues escucha.
POL. Va de cuento.
CAR. Ya sabes como en Urgel
tuve, antes de mi partida,
del amor del de Bearne
y el de Fox, larga noticia.
De Diana pretendientes,
dieron con sus bizarrías
voz a la fama, y asombro
a todas estas provincias.
El ver de amor tan rendidos
como la fama publica,
dos príncipes tan bizarros,
que aun los alaba la envidia,
me llevó a ver si esto en ellos
era por galantería,
gusto, opinión o violencia
de su hermosura divina.
Entré, pues, en Barcelona;
vila en su palacio un día,
sin susto en el corazón
ni admiración de la vista,
una hermosura modesta,
con muchas señas de tibia,
más sin defecto común
ni perfección peregrina;
de aquellos en quien el juicio,
cuando las vemos queridas,
por la admiración apela
al no sé qué de la dicha.
La ocasión de verme entre ellos,
cuando al valor desafían
en públicas competencias,
empeñó mi bizarría.
Tuve en todas tal fortuna,
que dejando deslucidas
sus acciones, salí siempre
victorioso con las mías.
Siendo, pues, mis alabanzas

de todos tan repetidas,
sólo en Diana hallé siempre
una entereza tan hija
de su esquiva condición,
que siendo mis bizarrías
dedicadas a su aplauso,
nunca me dejó noticia
ya que nó de favorable,
siquiera de agradecida.
De esto, nació el inquirir
si ella conmigo tenía
alguna aversión o queja
mal fundada o presumida,
y averigué que Diana,
del discurso las primicias,
con las luces de su ingenio,
las dió a la filosofía.
Tanto, que siendo heredera
de esta corona, y precisa
la obligación de casarse,
la renuncia y desestima,
por no ver que haya quien triunfe
de su condición altiva.
Habiendo ya averiguado
que esto, en su opinión esquiva,
era desprecio común,
y no repugnancia mía,
claro está que yo debiera
sosegarme en mi porfía;
pues para que se conozca
la vileza más indigna
de nuestra naturaleza,
aquella hermosura misma
que yo antes libre miraba
con tantas partes de tibia,
cuando la vi desdeñosa,
me pareció peregrina.
Corrido yo de mis ansias,
preguntaba a mis fatigas:
Traidor corazón, ¿qué es esto?
¿Qué es esto, aleves caricias?
¿Con el desdén es hermosa

la que sin desdén fué tibia?
¿El desprecio no es injuria?
la que desprecia ¿no irrita?
Pues la que no pudo afable,
¿por qué os arrastra enemiga?
¿Qué es esto amor? ¿Es acaso
hermosa la tiranía?
Sea amor pues sentimiento,
nieve, ardor, llama o ceniza,
yo me abraso, yo me rindo
a esta furia vengativa
de amor, contra la quietud
de mi libertad tranquila;
y muero, más que de amor,
de ver que a tanta desdicha,
quien no pudo como hermosa,
me arrastrase como esquiva.

POL. Atento, señor, he estado,
y el suceso no me admira;
porque esto, señor, es cosa
que sucede cada día.
Mira: siendo yo muchacho,
de mi casa, en la vendimia,
por el suelo iban las uvas
sin tentarme la codicia.
Pasó este tiempo, y después
colgaron en la cocina
las uvas para el invierno;
y yo, viéndolas arriba,
rabiaba por comer dellas,
tanto, que trepando un día
por alcanzarlas, caí
y me quebré las costillas;
este es el caso, él por él.

CAR. No el ser natural me alivia
si es injusto el natural.

POL. Dime, señor: ¿ella mira
con más cariño a otro?

CAR. No.

POL. Y ellos ¿no la solicitan?

CAR. Todos vencerla pretenden.

POL. Pues a que cae más aprisa

apostaré.

CAR. ¿Por qué causa?

POL. Sólo porque es tan esquiva.

CAR. ¿Cómo ha de ser?

POL. Verbi gracia:
¿viste una breva en la cima
de una higuera, y los muchachos,
que en alcanzarla porfían,
piedras le tiran a pares;
y aunque a algunas se resista,
al cabo de aporreada
con las piedras que la tiran,
viene a caer más madura?
Pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa y muy alta;
tú, tus pedradas la tiras,
los otros tiran las suyas;
luego, por más que resista,
ha de venir a caer,
de una y otra a la porfía,
más madura que una breva.
Mas cuidado a la caída,
que el cogerla es lo que importa;
que ella caerá, como hay viñas.

CAR. El Conde, su padre, viene.

POL. Acompañado se mira
del de Fox y el de Bearne.

CAR. Ninguno tiene noticia
del incendio de mi pecho,
porque mi silencio abriga
el áspid de mi dolor.

POL. Esa es mayor valentía:
callar tu pasión es mucho,
vive Dios. ¿Por qué imaginas
que llaman ciego a quien ama?

CAR. Porque sus yerros no mira.

POL. No tal.

CAR. Pues ¿por qué está ciego?

POL. Porque el que ama, al ciego imita

CAR. ¿En qué?

POL. En cantar la pasión
por calles y por esquinas.

ESCENA II

Dichos, el CONDE DE BARCELONA, el PRINCIPE DE BEARNE, Don GASTON y CONDE DE FOX, por el foro.

CON. Príncipes, vuestro justo sentimiento,
mirando bien, no es vuestro, sino mío.
Ningún remedio intento,
que no le venza el ciego desvario
de Diana, en quien hallo
cada vez menos medios de enmendallo.
Ni del poder de padre a usar me atrevo,
ni del de la razón, porque se irrita
tanto cuando de amor a hablarla pruebo,
que a más daño el furor la precipita.
Ella, en fin, por no amar ni sujetarse,
quiere morir primero que casarse.

GAS. Esa, señor, es opinión aguda
de su discurso, a los estudios dado,
que el tiempo sólo o la razón la muda;
y sin razón estás desesperado.

CON. Conde de Fox, aunque verdad es esa,
no me atrevo a empeñaros en la empresa
de que asistas en vano a su hermosura
faltando en vuestro estado a su asistencia.

PRIN. Señor, con tu licencia,
el que es capricho injusto nunca dura;
y aunque el vencerle es dificultoso,
yo estoy perdiendo tiempo más airoso,
(ya que a este intento de Bearne vine)
que dejando la empresa mi constancia;
porque es mayor desaire que imagine
nadie, que la dejé por inconstancia,
ni ese crédito es de su hermosura,
ni del honesto amor que la procura.

CAR. El príncipe, señor, ha respondido
como galán, bizarro y caballero;
que aun en mí, que he venido
sin ese empeño, sólo aventurero,
sin competencia por la parte mía,
fuera no proseguir, descortesía.

CON. Príncipes, lo que siento es empeñaros
en porfiar, cuando siento la porfía
de mayor resistencia indicios claros;
si la gala, el valor, la bizarría
no la mueve ni inclina, ¿con qué intento
vencer imagináis su entendimiento?

POL. Señor, un necio a veces halla un medio
que aprueba la razón. Si dais licencia,
yo me atreveré a daros un remedio,
con que (aunque ella aborrezca su presen-
se le vayan los ojos, hechos fuentes, [cia
tras cualquiera galán de los presentes.

CON. Pues, ¿qué medio imaginas?

POL. Como mío.
Hacer fiestas, torneos a una ingrata,
es poner ollas a quien tiene hastío.
El medio es, que rendirla no dilata,
poner en una torre a la Princesa,
sin comer cuatro días ni ver mesa;
y luego han de pasar estos galanes
delante della y envidando a escote;
el uno con seis pollas y dos panes,
el otro con un plato de jigote;
y a mí me lleve el diablo, si los viere,
si tras ellos corriendo no saliere.

CAR. Calla, loco, bufón.

POL. ¿Esto es locura?
Ejecútese el medio, y a la prueba:
sitíen luego por hambre su locura,
y verán si los ojos no la lleva,
quien sacare un vestido de camino,
guarnecido de lonjas de tocino.

PRIN. Señor, sola una cosa por mí pido,
que don Gastón, también ha de querella:
dános licencia tu de hablar con ella,
que el trato y lo razón puede mudarla.

CON. Aunque la ha de negar, he de intertarla.
Pensad vosotros medios y ocasiones
de mover su entereza, que a escucharos
yo la sabré obligar con mis razones,
que es cuanto puedo hacer para ayudaros

a la empresa tan justa y deseada
de ver mi sucesión asegurada.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA III

PRINCIPE DE BEARNE, Don GASTON, CARLOS y POLILLA

PRIN. Conde, crédito es de la nobleza
de nuestra heroica sangre, la porfía
de rendir el desdén, de su belleza;
juntos la hemos de hablar.
CAR. Yo compañía
al empeño os haré, mas no al deseo,
porque yo sin amor sigo este empleo.
GAS. Pues ya que vos no estáis enamorado,
¿qué medios seguiremos de obligalla?
que esto lo ve mejor el descuidado.
CAR. Yo un medio sé que mi silencio calla,
porque otro empeño es, que al proponerle
cualquiera de los dos ha de quererle.
PRIN. Decís bien.
GAS. Pues, Bearne, vamos luego
a imaginar festejos y finezas.
PRIN. A introducir en su desdén el fuego
GAS. Ríndanse a nuestro incendio sus tibiezas
CAR. Yo a eso asistiré.
PRIN. ¡Pues a esta gloria!
(Vase con Don Gaston por el foro.)
CAR. Y que del más feliz sea la victoria.
POL. Pues, ¿qué es esto, señor? ¿Por qué has [negado
tu amor?
CAR. He de seguir otro camino
de vencer un desdén tan desusado.
Ven, y yo te diré lo que imagino,
que tú me has de ayudar.
POL. Eso no hay duda.
CAR. Allá has de entrar. (Señalando a la izquierda.)
POL. Seré Simón y ayuda.
CAR. ¿Sabráste introducir?
POL. Y hacer pesquisas.
¿Yo polilla no soy? ¿Eso previenes?
Me sabré introducir en sus camisas.

CAR. Pues a mi amor le doy los parabienes.
POL. Vamos, que si eso importa a las marañas,
ya sabré apolillarle las entrañas.
(Vanse por el foro.)

ESCENA IV

DIANA, CINTIA, LAURA, y Damas por la izquierda

DIAN. ¡Qué bien que suena en mi oído
aquel honesto desdén!
¡Qué hay mujer que quiera bien!
¡que haya pecho agradecido!
(Siéntase junto a la mesa rodeada de sus damas.)
¡Qué bien dice Amor es niño,
y no hay agradecimiento,
que al primer paso, aunque lento,
no tropiece en su cariño.
Agradecer es pagar
con un decente favor;
luego quien paga el amor
ya estima al verse adorar.
Pues si estima, agradecida,
ser amada una mujer.
¿qué falta para querer
a quien quiere ser querida?
CIN. El agradecer, Diana,
es deuda noble y cortés;
la que agradecida es,
no se infiere que es liviana.
Que agradece la razón
siempre en nosotras se infiere,
la voluntad es quien quiere,
distintas las cosas son;
luego si hay diversidad
en la causa y el intento,
bien puede el entendimiento
obrar sin la voluntad.
DIAN. Que haber puede estimación
sin amor es la verdad,
porque amar es voluntad,
y agradecer es razón.

No digo que ha de querer
por fuerza la que agradece,
pero, Cintia, me parece
que está cerca de caer.

CIN. El ser desagradecida
es delito descortés.

DIAN. Pero el agradecer es
peligro de la caída.

CIN. Yo el delito no permito.

DIAN. Ni yo un riesgo tan extraño.

CIN. Pues por excusar un daño
¿es bien hacer un delito?

DIAN. Si, siendo tan contingente
el riesgo.

CIN. Pues ¿no es menor,
si es contingente, este error
que es delito presente?

DIAN. No, que es más culpa el amar,
que falta el no agradecer.

CIN. ¿No, es mejor, si puede ser,
el no querer y estimar?

DIAN. No, porque a querer se ha de ir.

CIN. Pues, ¿no puede allí parar?

DIAN. Quien no resiste a empezar,
no resiste a proseguir.

CIN. Pues el ser agradecida
¿no es mejor, si esto es ganancia,
y gastar esta constancia
en resistir la caída?

DIAN. No, que eso es introducirle
al amor, y al desecharle,
no basta para arrojarle
lo que puede resistirle.

CIN. Pues cuando eso haya de ser
más que a la atención faltar,
me quiero yo aventurar
al peligro de querer.

DIAN. ¿Qué es querer? Tú hablas así,
o atrevida o sin cuidado;
sin duda te has olvidado
que estás delante de mí.

ESCENA V

Dichas y POLILLA, de médico ridículo. Entra ceremoniosamente y habla con gran énfasis

POL. (Plegue al cielo que dé fuego
mi entrada.)
DIAN. (Viéndole.) ¿Quién entra aquí?
POL. Ego. (Haciendo una reverencia.)
DIAN. ¿Quién?
POL. Mihi, vel mi;
scholasticus sum ego,
pauper et enamoratus.
DIAN. ¿Vos enamorado estáis?
pues ¿cómo aquí entrar osáis?
POL. No, señora, escarmentatus. (Adelantándose.)
DIAN. ¿Qué os escarmentó?
POL. Amor ruín,
y escarmentado en su error,
me hice médico de amor
por ir de ruín a rocín.
DIAN. ¿De dónde sois?
POL. De un lugar.
DIAN. Fuerza es.
POL. No he dicho poco;
que en latín lugar es loco.
DIAN. Ya os entiendo.
POL. Pues andar.
DIAN. Y ¿a qué entráis?
POL. La fama oí
de vos, con admiración
de tan rara condición.
DIAN. ¿Dónde supistiés de mí?
POL. En Acapulco.
DIAN. ¿Dónde es?
POL. Media legua de Tortosa;
y por mi codicia, ambiciosa,
de saber curar después
del mal de amor, sarna insana,
me trajo a veros, por Dios,
por sólo aprender de vos.

Partíme luego a la Habana,
por venir a Barcelona,
y tomé postas allí.

DIAN. ¿Postas en la Habana?

POL. Sí.
Y me apeé en Tarragona,
de donde vengo hasta aquí,
como hace fuerte el verano,
a pie a pediros la mano.

DIAN. Y ¿qué os parece de mí?

POL. Eso es fuerza que me aturda;
no tiene amor mejor flecha
que vuestra mano derecha,
si no es que saquéis la zurda.

DIAN. Buen humor tenéis.

POL. Así.
¿Gusta mi conversación?

DIAN. Sí.

POL. Pues con una ración
os podéis hartar de mí.

DIAN. Yo os la doy.

POL. Beso... (¡qué error!)
¿Beso dije? Yo no beso.

DIAN. Pues, ¿por qué?

POL. Beso, es el queso
de los ratones de amor.

DIAN. Yo os admito.

POL. Dios delante;
sea con plaza de honor·

DIAN. ¿No sois médico?

POL. Hablador,
y así seré platicante.

DIAN. Y del mal de amor que mata,
¿como curáis?

POL. Al que es franco
curo con ungüento blanco.

DIAN. ¿Y sana?

POL. Sí, porque es plata.

DIAN. ¿Estáis mal con él?

POL. Su nombre
me mata. Llamó al amor
Averróes, hernia; un humor

que hila las tripas de un hombre.
Amor, señora, es congoja,
traición, perversa y villana,
y sólo el tiempo le sana,
si desengaños aloja.
Amor es quita-razón,
quita-sueño, quita bien,
quita-pelillos también,
que hará calvo a un motilón.
Y las que él obliga a amar,
todas acaban en quita,
Francisquita, Mariquita,
por ser todas al quitar.

DIAN. Lo que había menester
para mi divertimiento
tengo en vos.

POL. Con este intento
vine yo desde Añover.

DIAN. ¿Añover?

POL. El me crió,
que en este lugar extraño
se ven melones cada año,
y así Añover se llamó.

DIAN. ¿Cómo os llamáis?

POL. Caniquí.

DIAN. ¿Caniquí? A vuestra venida
estoy muy agradecida.

POL. Para las dueñas nací.
(Ya yo tengo introducción;
así en el mundo sucede,
lo que un príncipe no puede,
yo he logrado por bufón.
Si no llega ahora a rendilla
Carlos, sin maña se viene,
pues ya introducida tiene
en su pecho la polilla.)

LAURA (Mirando por el foro.)
Con los príncipes tu padre
viene, señora, acá dentro.

DIAN. ¿Con los príncipes? ¿Qué dices?
¡Qué intenta mi padre, cielos!

Si es repetir la porfía
de que me case, primero
rendiré el cuello a un cuchillo.

ESCENA VI

Dichas, el CONDE, el PRINCIPE, Don GASTON y CARLOS

DIAN. Príncipes, entrad conmigo.
CAR. (Sin alma a sus ojos vengo;
no sé si tendré valor
para fingir lo que intento.
Siempre la hallo más hermosa.)
DIAN. (Cielos, ¿qué puede ser esto?)
CON. ¿Hija? ¿Diana?
DIAN. Señor. (Levantándose.)
CON. Yo, que a tu decoro atiendo,
y a la deuda en que me ponen
los condes con sus festejos,
habiendo de ellos sabido
que del retiro que has hecho
de su vista, están quejosos...
DIAN. Señor, que me des, te ruego,
licencia, antes que prosigas,
ni tu palabra haga empeño
de cosa que te esté mal,
de prevenirte mi intento.
Lo primero es, que contigo
ni voluntad tener puedo,
ni la tengo, porque sólo
tu albedrío es mi concepto.
Lo segundo es, que el casarme,
señor, ha de ser lo mesmo
que dar la garganta aun lazo,
y el corazón a un veneno.
Casarme y morir es uno;
mas tu obediencia es primero
que mi vida. Esto asentado,
venga ahora tu decreto.
CON. Hija, más has presumido;
que yo casarte no intento,

sino dar satisfacción
a los príncipes, que han hecho
tantos festejos por ti:
y ha de atender mi respeto,
a que ninguno se vaya,
sospechando que es desprecio,
sino aversión que tu gusto
tiene con el casamiento.
Y como no he de obligarte,
al proseguir en tu intento,
ni a mí me desobedeces
ni los desprecios a ellos,
dales la razón que tiene
para esta opinión tu pecho;
que esto importa a tu decoro
y acredita mi respeto.
(Vase por el foro después de saludar.)

ESCENA VII

DIANA que vuelve a sentarse. CINTIA, LAURA, Damas, el PRÍNCIPE, Don GASTON, CÁRLOS y POLILLA

DIAN. Si eso pretendéis no más,
oid, que dárosla quiero.
GAS. Sólo a este intento venimos.
PRIN. Y no extrañéis el deseo,
que más extraña es en vos
la aversión al casamiento.
CAR. Yo, aunque a saberlo he venido,
sólo ha sido con pretexto,
sin extrañar la opinión,
de saber el fundamento.
DIAN. Pues oid, que ya la digo.
POL. (Vive Dios, que es raro empeño;
¿si hallará razón bastante?
Porque será bravo cuento
dar razón para ser loca.)
DIAN. Desde que al albor primero
con que amaneció el discurso,
la luz de mi entendimiento

y el día de la razón,
fué de mi vida el empleo,
el estudio y la lección
de la historia, en quien da el tiempo
escarmiento a los futuros
con los pasados ejemplos.
Cuantas ruinas y destrozos,
tragedias y desconciertos
han sucedido en el mundo
entre ilustres y plebeyos,
todas nacieron de amor,
y por él culpables fueron.
¿Qué amante jamás al mundo
dió a entenderse sus efectos,
sino lástimas, desdichas,
lágrimas, ansias, lamentos,
suspiros, quejas, sollozos,
para escarmentar los ecos?
Si alguno correspondido
se vió, paró en un empeño;
que al que no su tiranía,
le puso el poder del cielo.
Pues si quien se casa va
a amar por deuda y empeño,
¿cómo se puede casar
quien sabe de amor el riesgo?
Con amor o sin amor,
yo, en fin, casarme no puedo:
con amor, porque es peligro;
sin amor, porque no quiero.
Dándome los dos licencia,
responderé a lo propuesto.

GAS. Por mi parte yo os la doy.

CAR. Yo, que responder no tengo,
pues la opinión que yo sigo
favorece aquel intento.

PRIN. La mayor guerra, señora,
que hace el engaño al ingenio,
es estar siempre vestido
de aparentes argumentos.
Si vos os negáis al trato,
siempre estaréis en el yerro,

porque no cabe experiencia
donde se excusa el empeño.
Vos defendéis el desdén,
todos vencerle queremos;
vos decís que esto es razón;
permitiros al festejo,
y haced escuela al desdén,
donde en nuestro galanteo,
los intentos de obligaros
han de ser los argumentos.
Quien tiene razón, veamos,
porque ha de ser nuestro empeño
inclinaros al cariño,
o quedar vencidos ellos.

DIAN. Pues para que conozcáis
que la opinión que yo llevo
es hija del desengaño,
y del error vuestro intento,
festejad, imaginad
cuantos caminos y medios
de obligar a una hermosura
tiene amor, halla el ingenio;
que desde aquí me permito
a lisonjas y festejos
con el oído y los ojos,
sólo para convenceros
de que no puedo querer,
y que el desdén que yo tengo,
sin fomentarle el discurso,
es natural en mi pecho...

GAS. Pues si argumento ha de ser
desde hoy nuestro galanteo,
todos vamos a argüir
contra el desdén y despego.
Príncipes, de la razón
y de amor es ya el empeño;
cada uno medio elija
de seguir este argumento.
(Veamos para concluir,
quien elige mejor medio.)

(Vase por el fondo después de hacer una profunda reverencia.)

PRIN. Yo voy a escoger el mío;
y de vos, señora, espero,
que habéis de ser contra vos
el más agudo argumento.
(Saluda y vase igualmente.)

ESCENA VIII

DIANA, CINTIA, LAURA, Damas y CARLOS

CAR. (Adelantándose.)
Pues yo, señora, también,
por deuda de caballero,
proseguiré en festejaros,
mas será sin este intento.
DIAN. Pues, ¿por qué?
CAR. Porque yo sigo
la opinión de vuestro ingenio;
más aunque es vuestra opinión,
la mía es con más extremo.
DIAN. ¿De qué suerte?
CAR. Yo, señora,
no sólo querer no quiero,
más ni quiero ser querido.
DIAN. Pues, ¿en ser querido hay riesgo?
CAR. No hay riesgo, pero hay delito:
no hay riesgo, porque mi pecho
tiene tan establecido
el no amar en ningún tiempo,
que si el cielo compusiera
una hermosura en extremos,
y ésta me amara, no hallara
correspondencia en mi efecto.
Hay delito, porque cuando
sé yo que querer no puedo,
amarme y no amar, sería
falta de agradecimiento.
Y así yo, ni ser querido
ni querer, señora, quiero,
porque temo ser ingrato
cuando sé yo que he de serlo.

DIAN. Luego ¿vos me festejáis
sin amarme?
CAR. Eso es muy cierto.
DIAN. Pues, ¿para qué?
CAR. Por pagaros
la veneración que os debo.
DIAN. Y eso, ¿no es amor?
CAR. ¿Amor?
No, señora, esto es respeto.
POL. Cuerpo de Cristo, ¡qué lindo! (A Carlos.)
¡Qué bravo botón de fuego!
Echala de ese vinagre,
y verás para su tiempo
que bravo escabeche sale.
DIAN. Cintia, ¿has oído a este necio?
(Aparte a Cintia.
¿No es graciosa su locura?
CIN. Soberbia es.
DIAN. ¿No será bueno
enamorar a ese loco?
CIN. Si, más hay poligro en eso.
DIAN. ¿De qué?
CIN. Que tú te enamores,
si no logras el empeño.
DIAN. Ahora eres tu más necia;
pues, ¿cómo puede ser eso?
No me mueven los rendidos,
y ¿ha de arrastrarme el soberbio?
CIN. Esto, señora, es aviso.
DIAN. Por eso he de hacer empeño
de rendir su vanidad.
CIN. Yo me holgaré mucho de ello.
DIAN. Proseguid la bizarría; (A Carlos.)
que yo ahora os lo agradezco
con mayor estimación,
pues sin amor os la debo.
CAR. ¿Vos agradecéis señora?
DIAN. Es porque con vos no hay riesgo.
CAR. Pues yo iré a empeñaros más.
DIAN. Y yo voy a agradecerlo.
CAR. Pues mirad que no queráis,
porque cesaré en mi intento.

DIAN. No me costará cuidado.
CAR. Pues siendo así, yo lo acepto.
DIAN. Andad. Venid, Caniquí.
CAR. ¿Qué dice? (Aparte a Polilla.)
POL. Soy yo eso lienzo.
DIAN. Cintia, rendido has de verle.
(Aparte a Cintia.)
CIN. (Si será, pero yo temo
el que se trueque la suerte.
Y eso es lo que yo deseo.)
DIAN. Más oid. (A Carlos.)
CAR. ¿Qué me queréis?
DIAN. Que si acaso os muda el tiempo...
CAR. ¿A qué, señora?
DIAN. A querer.
CAR. ¿Qué he de hacer?
DIAN. Sufrir desprecios
CAR. Y ¿si en vos hubiese amor?
DIAN. Yo no querré.
CAR. Así lo creo.
DIAN. Pues, ¿que pedís?
CAR. Por si acaso...
DIAN. Ese caso está muy lejos.
CAR. Y ¿si llega?
DIAN. No es posible.
CAR. Supongo.
DIAN. Yo lo prometo.
CAR. Eso pido.
DIAN. Bien está;
quede así.
CAR. Guárdeos el cielo.
DIAN. (Aunque me cueste un cuidado,
he de rendir a este necio.)
(Vase con las damas por la izquierda.)

ESCENA IX

CARLOS y POLILLA

Pol. Señor, buena va la danza.
Car. Polilla, yo estoy muriendo;
todo mi valor ha habido
menester mi fingimiento.
Pol. Señor, llévalo adelante,
y verás si no da fuego.
Car. Eso importa.
Pol. Ven, señor;
que ya yo estoy acá dentro.
Car. ¿Cómo?
Pol. Con lo Caniquí
me hice yo lienzo casero

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Frondoso jardín con abundancia de flores. En segundo término izquierda, un banco de marmol de forma semicircular, con alto respaldo y encima del cual, hay un amorcillo rodeado de flores. En segundo término izquierda, un grupo de plantas y arbustos.

ESCENA PRIMERA

CARLOS y POLILLA

CAR. Polilla, amigo, el pesar
me quita; dale a mi amor
alivio.

POL. A espacio, señor,
que hay mucho que confesar.

CAR. Dímelo todo, que lucha
con mi cuidado mi amor.
(Acercando casi su rostro al de Polilla.)

POL. ¿Quieres besarme, señor?
Apártate allá y escucha.
Lo primero, esos bobazos
de estos príncipes, ya sabes
que en fiestas y asuntos graves
se están haciendo pedazos.
Fiesta tras fiesta no tarda,
y con su desdén tirano,
hacer fiestas es en vano,
porque ella no se las guarda.
Ellos gastan su dinero,

sin que con ello la obliguen,
y de enamorarla siguen
camino poco certero.
Ella de mi parecer
se ha agradado de tal arte,
que ya está en galantearte;
mas ahora es menester
que con ceño impenetrable,
aunque parezcas grosero,
siempre tú estés más entero
que bolsa de miserable.
No te piques con la salsa,
no piense tu bobería
que está la casa vacía
por ver la cédula falsa,
que ella la trae pegada,
y si tú vas a leella,
has de ver que dice en ella:
«Aquí no se alquila nada.»

CAR. Y de eso ¿qué ha de sacarse?
POL. Que se pique esta mujer.
CAR. Pues ¿cómo puedes saber
que ha de venir a picarse?
POL. ¿Cómo picarse? Eso es bueno.
Si ella lo finge diez días
y tú della lo desvías,
te ha de querer al onceno;
a los doce ha de rabiar,
y a los trece, me parece
que aunque ella se esté en sus trece,
te ha de venir a rogar.
CAR. Yo pienso que dices bien;
mas yo temo de mi amor,
que si ella me hace un favor,
no sepa hacerla un desdén.
POL. ¡Qué más dijera una niña!
CAR. Pues ¿qué haré?
POL. Mostrarte helado.
CAR. ¿Cómo, si estoy abrasado?
POL. Beber mucha garapiña.
CAR. Yo he de esforzar mi cuidado.
POL. ¡Ah! sí, ¡pese a mi memoria!

que lo mejor de la historia
es lo que se me ha olvidado.
Ya sabes que ahora son
Carnestolendas.

CAR. ¿Y pues?

POL. Que en Barcelona uso es
desta gallarda nación,
que con fiestas se divierte,
llevar, sin nota en su fama,
cada galán a su dama.
Esto en palacio es por suerte;
ellas eligen colores,
pide uno el galán que viene,
y la dama que le tiene
va con él, y a hacer favores
el día al galán la empeña;
él se obliga a ser imán,
y es justo porque es galán
que suele ir con su dueña.
Esto supuesto, Diana
contigo ir ha dispuesto,
y no sé, por lograr esto,
cómo han puesto la pavana.
Ello está trazado ya;
mas ella sale. Hacia allí
(Señala unos arbustos de la derecha.)
te esconde; no te halle aquí
porque lo sospechará.

CAR. Persuade tú a su desvío
que me enamore.

POL. Es forzoso.
Tú eres enfermo dichoso,
pues te cura el beber frío.

ESCENA II

DIANA, CINTIA, LAURA, FENISA, Damas, POLILLA y CARLOS, oculto

DIAN. Cintia, este medio he pensado
para rendirle a mi amor;

yo he de hacerle más favor.
Todas, cómo os he mandado,
como yo, habéis de traer
cintas de todos colores,
con que al pedir los favores
podréis cualquiera escoger
el galán que os pareciere,
pues cualquier color que pida,
ya la tenéis prevenida,
y la que el de Urgel pidiere
dejádmela para mí.

CIN. Gran victoria has de alcanzar
si le sabes obligar
a quererte.

DIAN. ¿Caniquí?

POL. ¡Oh, luz deste firmamento!

DIAN. ¿Qué hay de nuevo?

POL. Me he hecho amigo
de Carlos.

DIAN. Mucho me obligo
de tu cuidado.

POL. (Así intento
ser espía y del consejo;
no es mi prevención muy vana,
que esto es echar la botana
por si se sale el pellejo.)

DIAN. Y ¿no has descubierto nada
de lo que yo dél procuro?

POL. ¡Ay, señora! está más duro
que huevo para ensalada;
pero yo sé tretas bravas
con que has de hacerle bramar.

DIAN. Pues tú lo has de gobernar.

POL. (¡Ay pobreta, que te clavas!)

DIAN. Mil escudos te apercibo
si tú su desdén allanas.

POL. (Sí, haré: el emplasto de ranas
pondré por madurativo.)
Y si le vieses querer
¿qué harás después de tentarle?

DIAN. ¿Qué? Ofenderle, despreciarle,
ajarle y darle a entender

que ha de rendir sus sosiegos
a mis ojos por despojos.

CAR. (¡Fuego de amor en tus ojos!)

POL. (¡Qué gran gusto es ver dos juegos!)
Digo, ¿y no será mejor,
después de haberle rendido,
tener piedad del caído?

DIAN. ¿Qué llamas piedad?

POL. Al amor.

DIAN. ¿Qué es amor?

POL. Digo, querer,
así al modo de empezar;
que aquesto de pellizcar
no es lo mismo que comer.

DIAN. ¿Qué eso dices? ¿A querer
yo me había de rendir?
Aun que le viera morir
no me pudiera vencer.

CAR. (¡Hay mujer más singular!
¡Oh, cruel!)

POL. (En ti he de ver
que no sólo has de querer,
vive Dios, sino envidar.)

CAR. (Yo salgo; el alma se abrasa.)

POL. Carlos viene. (A Diana.)

DIAN. Disimula.

POL. (Lástima es que tome bula.
¡Si supiera lo que pasa!)

DIAN. Cintia, avisa cuando es hora
de ir al sarao.

CIN. Ya he mandado
que estén con este cuidado.

CAR. Y yo el primero, señora. (Apareciendo.)
Vengo, pues, en deuda igual,
a cumplir mi obligación.

DIAN, Pues ¿cómo, sin afición,
sois vos el más puntual?

CAR. Como tengo el corazón
sin los cuidados de amar,
tiene el alma más lugar
de cumplir su obligación.

POL. Házle un favorcillo al vuelo, (Ap. a Diana.)

por si más grato le ves.

DIAN. Eso procuro. (Ap' a Polilla.)

POL. (Esto es
hacerla escupir al cielo.)

DIAN. Mucho, no teniendo amor,
vuestra asistencia me obliga.

CAR. Si es mandarme que prosiga,
sin hacerme ese favor,
lo haré yo, porque obligada
a eso mi atención está.

DIAN. Poca lumbre el favor da. (Bajo a Polilla.)

POL. Está la yesca mojada. (Bajo a Diana.)

DIAN. Luego ¿al favor que yo os hago
no le dais estimación?

CAR. Eso con veneración,
mas no con amor lo pago.

POL. Necio, ni aun así lo pagues. (Bajo a Carlos.)

CAR. (Bajo a Polilla.)
¿Qué quieres? Templa mi ardor,
aunque es fingido, el favor.

POL. Enjuágate, no le tragues. (Bajo a Carlos.)

DIAN. ¿Qué le has dicho? (Id. a Polilla.)

POL. (Bajo a Diana.) Que al oillos
agradezca tus favores.

DIAN. Bien haces. (Bajo a Polilla.)

POL. (Esto es, señores,
engañar a dos carrillos.)

DIAN. Si yo a querer algún día
me inclinase, fuera a vos.

CAR. ¿Por qué?

DIAN. Porque entre los dos
hay oculta simpatía:
el llevar vos mi opinión,
el ser vos del genio mío;
y a sufrirlo mi albedrío
fuera a vos mi inclinación.

CAR. Pues hiciérais mal.

DIAN. No hiciera;
que sois galán.

CAR. No es por eso.

DIAN. Pues ¿por qué?

CAR. Porque os confieso

que yo no os correspondiera.

DIAN. Pues si os viérades amar
de una mujer como yo,
¿no la quisiérades?

CAR. No.

DIAN. Claro sois.

CAR. No sé engañar.

POL. (¡Pecho heroico y valiente!
Dále por esos ijares;
si tú no se la pegares,
me la claven en la frente.)

DIAN. Mucho al enojo me acerco; (Bajo a Polilla.)
tal desahogo no he visto.

POL. Vergüenza es, vive Cristo. (Id. a Diana.)

DIAN. ¿Has visto tal? (Id. a Polilla.)

POL. Es un puerco. (Id. a Diana.)

DIAN. ¿Qué haré? (Id. a Polilla.)

POL. Meterle en la danza (Id. a Diana.)
de amor, y a puro desdén
quemarle.

DIAN. Tú dices bien; (Id. a Polilla.)
que esa es la mayor venganza.—
Yo os tuve por más discreto. (A Carlos.)

CAR. Pues ¿qué he hecho contra razón?

DIAN. Esto es ya desatención.

CAR. No ha sido sino respeto.
Y porque veáis que es error
que haya en el mundo quien crea
que el que quiere lisonjea,
escuchad lo que es amor.
Amar, señora, es tener
inflamado el corazón,
con un deseo de ver
a quién causa esta pasión
que es la gloria del querer.
Los ojos, que se agradaron
de algún sujeto que vieron,
al corazón trasladaron
las especies que cogieron
y esta inflamación causaron.
Su hidrópico ardor, procura
apagar de sus antojos

la sed, viendo la hermosura;
más crece la calentura
mientras más beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal
quien corresponde al amor,
bien se ve que es desleal,
pues le remedia el dolor,
dándole más fuerza al mal.
Luego el que amado se viere,
no obliga en corresponder,
si daña, como se infiere.
Pues oid como en querer
tampoco obliga el que quiere.
Quien ama con fe más pura,
pretende de su pasión
aliviar la pena dura,
mirando aquella hermosura
que adora su corazón.
El contento de miralla,
le obliga al ansia de vella:
esto en rigor es amalla;
luego aquel gusto que halla,
le obliga sólo a querella.
Y esto mejor se apercibe
del que aborrecido está,
pues aquel amando vive,
no por el gusto que da,
sino por el que recibe.
Los que aborrecidos son
de la dama que apetecen,
no sienten la desazón
porque causa su pasión,
sino porque ellos padecen.
Luego, si por su tormento
el desdén siente quien ama,
el que quiere más atento,
no quiere el bien de su dama,
sino su propio contento.
A su propia conveniencia
dirige amor su fatiga;
luego es clara consecuencia
que ni con amor se obliga,

ni con su correspondencia.

DIAN. El amor es unión
de dos almas, que su sér
truecan por transformación,
donde es fuerza que ha de haber
gusto, agrado y elección.
Luego si el gusto es después
del agrado y la afición
que le impulsa libre es,
ya le debe obligación,
sino de amante, cortés.

CAR. Si vuestra razón infiere
que es amar obligación,
¿por qué os ofende el que quiere?

DIAN. Porque yo tendré razón
para lo que yo quisiere.

CAR. Y ¿qué razón puede ser?

DIAN. Otra razón no prevengo
más que quererla tener.

CAR. Pues esa es la que yo tengo
para no corresponder.

DIAN. Y ¿si acaso el tiempo os muestra
que vence vuestra porfía?

CAR. Siendo una la razón nuestra,
si se venciere la mía,
no es muy segura la vuestra.
(Suenan instrumentos.)

LAURA Señora, los instrumentos
ya de ser hora dan señas
de comenzar el sarao
para las Carnestolendas.

POL. Y ya los príncipes vienen.

DIAN. Tened todas advertencia (A las damas.)
de prevenir los colores.

POL. Ah, señor, ¿estás alerta? (Bajo a Carlos.)

CAR. ¡Ay, Polilla! lo que finjo (Id. a Polilla.)
toda una vida me cuesta.

POL. Calla, que de enamorarla (Id. a Carlos.)
te hartarás al ir con ella.

CAR. Disimula, que ya llegan. (Id. a Polilla.)

ESCENA III

Dichos, el PRÍNCIPE, Don GASTÓN, Galanes

PRÍN. Dudoso vengo, señora,
pues teniendo corta estrella,
vengo fiado en la suerte.

GAS. Aunque mi duda es la mesma,
el elegir la color
me toca a mí; que el ser buena,
pues le toca a mi fortuna,
ella debe cuidar della.

DIAN. Pues empezad; cada uno
elija color, y sea
como es uso, previniendo
la razón para escogerla;
y la dama que le tiene
salga con él, siendo deuda
el enamorarla en él,
y el favorecerle en ella.

(Quedan las damas frente a los caballeros a alguna distancia. El Príncipe se adelanta.)

PRÍN. Esta es acción de fortuna,
y ella, por ser loca y ciega,
siempre le da lo mejor
a quien menos partes tenga.
Por ser yo el de menos partes,
es forzoso que aquí sea
quien tiene más esperanzas;
y así, el escoger es fuerza
el color verde.

CIN. (Si yo
escojo de lo que queda,
despues de Carlos, yo elijo
al de Bearnee.) Yo soy vuestra,
que tengo el verde; tomad.

(Se adelanta y le da una cinta verde.)

PRÍN. Corona, señora, sea
de mi suerte el favor vuestro;
que a no serlo, elección fuera.

(Le ofrece el brazo y vase con ella.)

GAS. Yo nunca tuve esperanza, (Adelantándose.)
sino envidia; pues cualquiera
debe más favor que yo
a las luces de su estrella;
y pues siempre estoy celoso,
azul quiero.

FEN. Yo soy vuestra. (Adelantándose.)
que tengo el azul. Tomad. (Dásela.)

GAS. Mudar de color pudiera,
pues ya, señora, mi envidia
con tan buena suerte cesa.
(Le ofrece el brazo y se retiran.)

POL. Y yo ¿he de elegir color? (Adelantándose.)

DIAN. Claro está.

POL. Pues vaya fuera;
que ya salirme quería
a la cara la vergüenza.

DIAN. ¿Qué color pides?

POL. Yo tengo
hecho el buche a damas feas;
de suerte que habrá de ser
muy mala la que me quepa.
De las damas que aquí miro
no hay ninguna que no sea
como una rosa; y pues yo
la he de hacer mala por fuerza,
por si ella es como una rosa,
yo la quiero rosa seca.
Rosa seca, sal acá;
¿quién la tiene?

LAURA (Adelantándose.) Yo soy vuestra.
que tengo el color; tomad.
(Dásela.)

POL. ¿Yo aquí he de favorecerla,
y ella a mí ha de enamorarme?

LAURA No, sino al revés.

POL. Pues vuelta;
(Vuélvase de espaldas.)
enamóreme al revés.

LAURA Que no ha de ser esto, bestia,
sino enamorarme tú.

POL. ¿Yo? Pues toda la manteca,

hecha pringue en la sartén,
a tu blancura no llega,
ni con tu pelo se iguala
la frisa de la bayeta,
ni dos ojos de jabón
más que los tuyos blanquean;
ni siete bocas hermosas,
las unas tras otras puestas
son tanto como la tuya;
y no hablo de pies y piernas
porque no hilo tan delgado;
que aunque yo con tu belleza
he caído, no he caído,
pues no cae el que no peca.

(Le ofrece el brazo y se retira. Los caballeros restantes ofrecen el brazo a las otras damas y se retiran al foro.)

CAR. Yo a elegir quedo el postrero,
y ha sido por la violencia
que me hace la obligación
del haber de fingir finezas;
y pues ir contra el dictamen
de pecho, es enojo y pena,
para que lo signifique,
de los colores que quedan
pido el color nacarado.
¿Quién le tiene?

DIAN. Yo soy vuestra,
que tengo el nácar; tomad. (Dásela.

CAR. Si yo, señora, supiera
el acierto de mi suerte,
no tuviera por violencia
fingir amor, pues ahora
le debo tener de veras.

(Le ofrece el brazo que Diana toma. Vanse las damas y caballeros de dos en dos por distintos lados. Quedan solos Diana y Carlos.)

ESCENA IV

DIANA y CARLOS

DIAN. (Yo he de rendir a este hombre
o he de condenarme a necia.)
¡Qué tibio galán hacéis!
(Al ver que nada le dice.)
Bien se ve en vuestra tibieza
que es violencia enamorar,
y siendo el fingirlo fuerza,
no saberlo hacer no es falta
de amor, sino de agudeza.
CAR. Si yo hubiera de fingirlo,
no tan remiso estuviera;
que donde no hay sentimiento
está más pronta la lengua.
DIAN. Luego ¿estáis enamorado
de mí?
CAR. Si no lo estuviera
no me atara este temor.
DIAN. ¿Qué decís? ¿Habláis de veras?
(Con alegría.)
CAR. Pues si el alma lo publica,
¿puede fingirlo la lengua?
DIAN. Pues ¿no dijisteis que vos
no podéis querer?
CAR. Eso era
porque no me había tocado
el veneno desta flecha.
DIAN. ¿Qué flecha?
CAR. La de esta mano
que el corazón me atraviesa;
y como el pez que introduce
su venenosa violencia
por el hilo y por la caña,
y al pescador pasma o hiera
el brazo que le detiene,
a mí el alma me penetra
el dulce, ardiente veneno
que de vuestra mano bella

se introduce por la mía,
y hasta el corazón me llega.

DIAN. (Albricias, ingenio mío,
que ya rendí su soberbia;
ahora probará el castigo
del desdén de mi belleza.)
Qué en fin, ¿vos no imaginábais
querer, y queréis de veras?

CAR. Toda el alma se me abrasa,
todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
este ardor que me atormenta.

DIAN. Soltad, ¿qué decís? soltad.
(Diana suéltale la mano.)
¿Yo favor? La pasión ciega
para el castigo os disculpa,
mas no para la advertencia.
¿A mí me pedís favor,
diciendo que amáis de veras?

CAR. (Cielos, yo me despeñé;
pero válgame la enmienda.)

DIAN. ¿No os acordáis de que os dije
que en queriéndome, era fuerza
que sufrierais mis desprecios,
sin que os valiese la queja?

CAR. Luego ¿de veras habláis? (Transición.)

DIAN. Pues ¿vos no queréis de veras?
(Con extrañeza.)

CAR. ¿Yo, señora? Pues ¿se pudo
trocar mi naturaleza?
¿Yo querer de veras? ¿Yo?
¡Jesús, que error! ¿Eso piensa
vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
de vergüenza lo callara;
esto es cumplir con la deuda
de la obligación del día. (Con naturalidad.)

DIAN. ¿Qué me decís? (Yo estoy muerta.)
¿Que no es de veras? (¡Qué escucho!
Pues ¿cómo aquí a hablar acierta
mi vanidad, de corrida?) (Quedando confusa.)

CAR. Pues vos, siendo tan discreta,

¿no conocéis que es fingido?
DIAN. Pues ¿aquello de la flecha,
del pez, el hilo y la caña,
y el decir que el desdén era
porque no os había tocado
del veneno la violencia?
CAR. Pues eso es fingirlo bien.
¿Tan necio queréis que sea,
que cuando a fingir me ponga,
lo finja sin apariencia?
DIAN. (¿Qué es esto que me sucede?
¿Yo he podido ser tan necia,
que me haya hecho este desaire?
Del incendio desta afrenta
el alma tengo abrasada:
mucho temo que lo entienda.
Yo he de enamorar á este hombre,
si toda el alma me cuesta.)
CAR. Mirad que esperan, señora.
DIAN. (¡Que a mí este error me suceda!)
Pues ¿cómo vos?...
CAR. ¿Qué decís?
DIAN. (¿Qué iba yo a hacer? Ya estoy ciega.)
Poneos la máscara y vamos.
CAR. (No ha sido mala la enmienda.
¿Así trata el rendimiento?
¡Ah, cruel! ¡Ah, ingrata! ¡Ah, fiera!
Yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna.)
DIAN. Cierto que sois muy discreto,
y lo fingís de manera,
que lo tuve por verdad.
CAR. Cortesanía fué vuestra
el fingiros engañada
por favorecer con ella;
que con eso habéis cumplido
con vuestra naturaleza
y la obligación del día;
pues fingiendo la cautela
de engañaros, porque a mí
me dais crédito con ella,

favorecéis el ingenio
y despreciáis la fineza.

DIAN. (Bien agudo ha sido el modo
de motejarme de necia;
mas así le he de engañar.)
(Tomándole otra vez el brazo.)
Venid, pues, y aunque yo sepa
que es fingido, proseguid;
que eso a estimaros me empeña
con más veras.

CAR. ¿De qué suerte?

DIAN. Hace a mi desdén más fuerza
la discreción que el amor,
y me obligáis más con ella.

CAR. (¡Quién no entendiese tu intento!
yo le volveré la flecha.)

DIAN. ¿No proseguís? (Viendo que calla.)

CAR. No, señora.

DIAN. ¿Por qué?

CAR. Me ha dado tal pena
el decirme que os obligo,
que me ha hecho perder la senda
del fingirme enamorado.

DIAN. Pues vos, ¿qué perder pudiérais
en tenerme a mí obligada
con vuestra intención discreta?

CAR. Arriesgarme a ser querido.

DIAN. Pues ¿tan mal os estuviera?

CAR. Señora, no está en mi mano;
y si yo en eso me viera,
fuera cosa de morirme.

DIAN. (¿Que esto escuche mi belleza?)
Pues ¿vos presumís que yo
puedo quereros?

CAR. Vos mesma
decís que la que agradece
está de querer muy cerca;
pues quien confiesa que estima,
¿qué falta para que quiera?

DIAN. Menos falta para injuria
a vuestra loca soberbia;
y eso poco que le falta,

pasando ya de grosera,
quiero excusar con dejaros.
Idos. (Deshaciéndose de él nuevamente.)

CAR. Pues ¿cómo a la fiesta
queréis faltar? ¿Puede ser
sin dar causa a otro sospecha?

DIAN. Ese riesgo a mí me toca.
Decid que estoy indispuesta,
que me ha dado un accidente.

CAR. Luego con eso, licencia
me dais para no asistir.

DIAN. Si os mando que os vais, ¿no es fuerza?

CAR. Me habéis hecho un gran favor.
Guarde Dios a vuestra alteza.
(Saluda reverenciosamente y vase por la derecha.)

ESCENA V

DIANA desesperada. Luego POLILLA

DIAN. ¿Qué es esto que por mí pasa?
Tan corrida estoy, tan ciega,
que si supiera algún medio
de triunfar de su soberbia,
aunque arriesgara el respeto.
por rendirle a mi belleza,
a costa de mi decoro
comprara la diligencia.
(Sale Polilla por el foro.)

POL. ¿Qué es esto, señora mía?
¿Cómo se ha aguado la fiesta?

DIAN. Háme dado un accidente.

POL. Si es cosa de la cabeza,
dos parches de tacamaca,
y que te traigan los piernas.

DIAN. No tienen piernas las damas.

POL. Pues por esta razón mesma
digo yo que te las traigan.
Mas ¿qué ha sido tu dolencia?

DIAN. Aprieto del corazón.

POL. ¡Jesús! Pues si no es más desa,

sángrate y púrgate luego,
y échate unas sanguijuelas,
dos docenas de ventosas,
y al instante estarás buena.

DIAN. Caniquí, yo estoy corrida
de no vencer la tibieza
de Carlos.

POL. Pues ¿eso dudas?
¿Quieres que por ti se pierda?

DIAN. Pues, ¿cómo se ha de perder?

POL. Házle que tome una renta.
Pero, de veras hablando,
tú, señora, ¿no deseas
que se enamore de ti?

DIAN. Toda mi corona diera
por verle morir de amor.

POL. Y ¿eso es cariño o tema?
La verdad, ¿te entra el Carlillos?

DIAN. ¿Qué es cariño? Yo soy peña.
Para abrasarle a desprecios,
a desaires y a violencias,
lo deseo solo

POL. (Zape:
aun está verde la breva;
mas ella madurará,
como hay muchachos y piedras.)

DIAN. Ya sé que él gusta de oir
cantar

POL. Mucho, como sea
la pasión o algún buen salmo,
cantado con castañetas.

DIAN. ¿Salmo? ¿Qué dices?

POL. Es cosa,
señora, que eso lo eleva.
Lo que es música de salmos
pierde su juicio por ella.

DIAN. Tú has de hacer por mí una cosa.

POL. ¿Qué?

DIAN. Decirle que le llevas
a que nos oiga cantar,
y aunque así volver le vean
a ti te echarán la culpa.

POL. Tú has pensado buena treta,
que en oyéndote cantar
se ha de hacer una jalea.

DIAN. Pues ve a buscarle al momento.

POL. Llevaréle con cadena.
a oir cantar irá el otro
tras de un entierro; mas sea
buen tono.

DIAN. ¿Qué te parece?

POL. Alguna cosa burlesca
que tenga mucha alegría.

DIAN. ¿Cómo qué?

POL. Un requiem aeternam.

DIAN. Aquí en el jardín aguardo.

POL. Pues ponte como una Eva
para que caiga este Adán.

DIAN. Pronto vuelvo. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

POLILLA

POL. Norabuena,
que tú has de ser la manzana
y has de llevar la culebra...
¡Pero que tales locuras
ande haciendo una princesa!
Mas, quien tiene la mayor,
¿qué mucho que otras no tenga?
Porque las locuras son
como un plato de cerezas,
que en tirando de la una,
las otras se van tras ella.

ESCENA VII

POLILLA y CARLOS

CAR. ¿Polilla amigo?

POL. Carlos, (¡bravo cuento!)

CAR. Pues ¿qué ha habido de nuevo?

POL. Vencimiento

CAR. Pues tú ¿que has entendido?
POL. Que para enamorarte, me ha pedido
que te lleve aquí mismo, do has de vella
más hermosa y brillante que una estrella,
cantando con sus damas;
que como te imagina duro tanto,
ablandarte pretende con el canto.
CAR. ¿Eso hay? Mucho lo extraño.
POL. Mira si es liviandad de buen tamaño,
y si está ya harto ciega,
pues esto hace, y de mí a fiarlo llega,
respondo de su amor. (Tañen dentro.)
Esta es ya tuya.
CAR. Calla, que salen ya.
POL. ¡Pues, aleluya!
(Vanse por izquierda último término.)

ESCENA VIII

CINTIA, LAURA, FENISA y Damas, en guadapiés y justillos y tras de ellas DIANA

DIAN. ¿No vistéis llegar a Carlos?
CIN. No sólo le hemos visto,
sino que de venir pueda
en el jardín hay indicio.
DIAN. Laura, ten cuenta si viene.
LAURA Ya yo, señora, lo miro.
DIAN. Aunque arriesgue mi decoro,
ha de vencer sus desvíos.
LAURA Cierto, que estás tan hermosa,
que ha de faltarle el sentido
si te ve y no se enamora.
(Mirando a lá izquierda.)
Mas, señora, ya le he visto;
yà está en el jardín.
DIAN. ¿Qué dices?
LAURA Que con Caniquí ha venido.
DIAN. Pues volvamos a cantar,
sentaos todas conmigo.
(Se sientan todas en el banco semicircular de la izquierda observando a hurtadillas.)

ESCENA IX

Dichas, CARLOS y POLILLA por último término izquierda haciendo como si no repararan en ellas

POL. No te derritas, señor.
CAR. Polilla, ¿no es un prodigio?
POL. Pero vuelve allá la cara: (Al ver a las damas.)
no mires, que vas perdido.
CAR. Polilla, no he de poder.
POL. ¿Qué llamas no? Vive Cristo,
que he de meterte la daga
si vuelves.
(Le pone la daga en la cara para que no la vuelva hacia ellas.)
CAR. Ya no la miro.
POL. Si es que acaso canta, engaña
los ojos con los oídos.
CAR. Pues vámonos alargando,
porque si canta, el no oirlo
no parezca que es cuidado,
sino divertirme el sitio.
CIN. Ya te escucha, cantar puedes.
DIAN. Así vencerle imagino.
¿Se vuelve?
LAURA No, no, señora.
DIAN. Pues verme bien ha podido,
CIN. Tal vez no, porque están lejos.
(Figurando distraerse con el jardín.)
CAR. En toda mi vida he visto
más bien compuesto jardín.
POL. Vaya deso, que eso es lindo.
DIAN. El jardín está mirando;
¡este hombre está sin sentido!
(Señalando hacia dentro.)
CAR. ¡Qué bien hecho está aquel cuadro
de sus armas! ¡Qué pulido!
(Señalando hacia otra parte.)
POL. Harto más pulido es eso.
DIAN. ¡Esto escucho! ¡Y esto miro!
¿Los cuadros está alabando.

cuando aquí estoy yo?

CAR. No he visto
hiedra más bien enlazada;
¡qué hermoso verde! (Disimulando.)

POL. Eso pido:
date en lo verde, que engordas.

DIAN. No me ha visto o no me ha oído.
Laura, al descuido le advierie
que estoy yo aquí.

(Levántase Laura y va donde está Carlos.)

CIN. (Este capricho
la ha de despeñar a amar.)

LAURA Carlos, estad advertido
que está aquí dentro Diana.

(Haciendo el distraído.)

CAR. Tiene aquí un famoso sitio:
los laureles están buenos;
pero entre aquellos jacintos
aquel pie de guindo afea.

POL. ¡Oh, qué lindo pie de guindo!

DIAN. ¿No se lo advertiste, Laura?

LAURA Ya, señora, se lo he dicho.

(Volviendo al lado de Diana.)

DIAN. Ya no yerra de ignorancia;
pues ¿cómo está distraído?

(Carlos y Polilla se adelantan hacia el primer término teniéndole Polilla la daga junto al rostro para que no vuelva la cabeza hacia las damas.)

POL. Señor, por aquesta calle
pasa sin mirar.

CAR. Rendido
estoy a mi resistencia;
volver temo.

POL. Ten, por Cristo,
que te herirás con la daga.

CAR. Yo no puedo más, amigo.

POL. Hombre, mira que te clavas.

CAR. ¿Qué quieres? Ya me he vencido.

POL. Vuelve por esotro lado. (Haciéndole dar una vuelta.)

CAR. ¿Por acá? (Hacia las damas.)

POL. Por allá digo. (En sentido contrario.)

DIAN. ¿No ha vuelto? (Preguntando a las damas.)

LAURA — Ni lo imagina.
DIAN. — Yo no creo lo que miro;
ve tu al descuido, Fenisa,
y vuelve a dar el aviso.
(Levántase Fenisa y va hacia Carlos.)
POL. — (Otro correo dispara) (A Carlos.)
mas no dan lumbre los tiros.
FEN. — ¿Carlos?
CAR. — ¿Quién llama?
POL. — ¿Quién es?
FEN. — Ved que Diana os ha visto.
CAR. — Admirado desta fuente (Señalando a la dcha.)
en verla me he divertido,
sin reparar en su Alteza;
decid que ya me retiro. (Haciendo ademán de marcharse.)
DIAN. — (Cielos, sin duda se va.)
Oid, escuchad, a vos digo. (Levantándose.)
CAR. — ¿A mí, señora?
DIAN. — Si, a vos.
CAR. — ¿Qué mandáis? (Adelantándose.)
DIAN. — ¿Cómo, atrevido,
habéis entrado aquí dentro,
sabiendo que en mi retiro
estaba yo con mis damas?
CAR. — Porque no os había visto:
la hermosura del jardín
me llevó, y perdón os pido.
DIAN. — (Esto es peor, que aun no dice
que para escucharme vino.)
¿No me viste?
CAR. — No, señora.
DIAN. — No es posible.
CAR. — Un yerro ha sido,
que solo enmendarse puede
con no hacer más el delito. (Saluda y vase derecha.)

ESCENA X

DIANA, CINTIA, LAURA, FENISA, Damas y POLILLA

CIN. — Señora, este hombre es nn tronco.
DIAN. — Déjame, que sus desvíos

el sentido han de quitarme.

CIN. (Laura, esto va ya perdido.) (A Laura.)

LAURA Si ella no está enamorada
de Carlos, ya va en camino. (Vase.)

DIAN. ¡Cielos, qué es esto que veo!
Un Etna es cuanto respiro.
¡Yo despreciada!

POL. (Eso sí,
pese a su alma, dé brincos.)

DIAN. ¿Caniquí?

POL. ¿Señora mía?

DIAN. ¿Qué es esto? ¿Este hombre no vino
a escucharme?

POL. Si, señora.

DIAN. Pues, ¿cómo no ha vuelto a oirlo?

POL. Señora, es loco de atar.

DIAN. Pues, ¿qué respondió o qué dijo?

POL. Es vergüenza.

DIAN. Dilo pues.

POL. Que cantabáis como niños
de escuela, y que no quería
escucharos.

DIAN. ¿Eso ha dicho?

POL. Sí, señora.

DIAN. ¡Hay tal desprecio!

POL. Es un bobo.

DIAN. ¡Estoy sin juicio!

POL. No hagas caso.

DIAN. ¡Estoy mortal!

POL. Que es un bárbaro.

DIAN Eso mismo
me ha de obligar a rendirle,
si muero por conseguirlo. (Vase.)

POL. Buena va la danza, Alcalde,
y da en la albarda el granizo.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

DIANA, POLILLA, luego CARLOS. Los dos primeros junto a la puerta del foro, viendo discurrir una lucida comparsa de damas y caballeros.

DIAN. ¡Qué finos van y qué graves!
POL. ¿Sabes que parecen estos?
DIAN. ¿Qué?
POL. Priores y Abadesas.
DIAN. Y Carlos se va con ellos;
sólo de él siento el desdén,
pero de abrasarle a celos
es esta buena ocasión:
llámale tú.
POL. ¡Ah, caballero!
(Llama hacia dentro. Aparece Carlos, mientras Diana se sienta en primer término.)
CAR. ¿Quién me llama?
POL. Appropiquantio
ad parlandum.
CAR. ¿Con quién?
POL. Mecum.
CAR. Pues ¿para eso me llamas,
cuando ves que voy siguiendo
este acento enamorado?
DIAN. ¿Vos enamorado? Bueno;

¿y de quién lo estáis?

CAR. (Adelantandose.) Señora,
también yo aquí dama llevo.

DIAN. ¿Qué dama?

CAR. Mi libertad,
que es a quién yo galanteo.

DIAN. (Cierto es que me había dado
gran susto.)

POL. (Bueno va esto;
ya está más alla de Illescas
para llegar a Toledo.)

DIAN. ¿La libertad es la dama?
Buen gusto tenéis por cierto.

CAR. En siendo gusto, señora,
no importa no sea bueno;
que la voluntad no tiene
razón para su deseo.

DIAN. Pero ahí no hay voluntad.

CAR. Si hay tal.

DIAN. O yo no lo entiendo,
o no la hay; que no se puede
dar voluntad sin sujeto.

CAR. El sujeto es el no amar,
y voluntad hay en esto,
pues si quiero no querer,
ya quiero lo que no quiero.

DIAN. La negación no da sér,
que sólo el entendimiento
le da al ente de razón
un sér fingido y supuesto,
y así es esa voluntad,
pues sin causa no hay efecto.

CAR. Vos, señora, no sabéis
lo que es querer, y así en esto
será lisonja deciros
que ignoráis el argumento.

DIAN. No ignoro tal, que el discurso
no ha menester los efectos
para conocer las causas,
pues sin la experiencia de ellos
las ve la filosofía;

pero yo ahora lo entiendo
con experiencia también.

CAR. Pues ¿vos queréis?

DIAN. Lo deseo.

POL. (Cuidado que va apuntando (Bajo a Carlos.)
la vareta de los celos;
úntate muy bien las manos
con aceite de desprecios;
no se te pegue la liga.)

DIAN. (Si éste tiene entendimiento (Bajo a Polilla.)
se ha de abrasar, o no es hombre.)

POL. (Eso fuera a no estar hecho
el defensivo, y pegado.)

CAR. De oiros estoy suspenso.

DIAN. Carlos, yo he reconocido
que la opinión que yo llevo
es ir contra la razón,
contra el útil de mi reino,
la quietud de mis vasallos,
la duración de mi imperio...
Viendo estos inconvenientes,
he puesto a mi pensamiento
tan forzosos silogismos,
que le he vencido con ellos.
Determinada a casarme
apenas cedió el ingenio
al poder de la verdad
su sofístico argumento,
cuando vi, al abrir los ojos,
que la nube de aquel yerro
le había quitado al alma
la luz del conocimiento.
El Príncipe de Bearne,
mirado sin pasión...

POL. (Bajo a Carlos.) (¡Celos!
Al aceite, que traen liga.)

DIAN. Es tan galán caballero,
que merece la atención
mía, que harto lo encarezco.
(Mirando fijamente a Carlos para ver el efecto que le producen sus palabras.)
Por su sangre no hay ninguno

de mayor merecimiento;
por sus portes no le iguala
el más galán, más discreto.
Lo afable en los agasajos,
lo humilde en los rendimientos,
lo primoroso en finezas,
lo generoso en festejos,
nadie tiene como él.
Corrida estoy de que un yerro
me haya tenido tan ciega,
que no viese lo que veo.

CAR. (Polilla, aunque sea fingido, (Bajo a Polilla.)
vive Dios, que estoy muriendo.)

POL. (Aceite, pesia mi alma, (Bajo a Carlos.)
aun que te manches con ello.)

DIAN. Y así, Carlos, determino
casarme; mas antes quiero,
por ser tan discreto vos,
consultaros este intento.
(Intencionadamente.)
¿No os parece que el de Bearne
que será el más digno dueño
que dar puedo a mi corona?
Que yo, por el más perfecto
le tengo de todos cuantos
me asisten. ¿Qué sentís dello?
Parece que demudáis;
¿extrañáis mi pensamiento?
(Bien he logrado la herida, (Satisfecha.)
que del semblante lo infiero;
todo el color ha perdido:
eso es lo que yo pretendo.)

POL. (¡Ah, señor!) (Bajo a Carlos.)

CAR. (Estoy sin alma.) (Id. a Polilla.)

POL. (Sacúdete, majadero; (Id. a Carlos.)
que se te pega la liga.)

DIAN. ¿No me respondéis? ¿Qué es eso?
Pues ¿de qué os habéis turbado?

CAR. (Reponiéndose.)
Me he admirado por lo menos.

DIAN. ¿De qué? (Extrañada.)

CAR. De que yo pensaba

que no pudo hacer el cielo
dos sujetos tan iguales,
que estén a medida y peso
de unas mismas cualidades
sin diferencia compuestos,
y lo estoy viendo en los dos,
pues pienso que estamos hechos
tan debajo de una causa,
que yo soy retrato vuestro.
¿Cuánto há, señora, que vos
tenéis ese pensamiento?

DIAN. Días há que está trabada
esta batalla en mi pecho,
y desde ayer me he vencido.

CAR. Pues aquese mismo tiempo
há que estoy determinado
a querer: ello por ello;
y también mi ceguedad
me quitó el conocimiento
de la hermosura que adoro;
digo, que adorar deseo;
que cierto que lo merece.

DIAN. (Sin duda logré mi intento.)
Pues bien, podéis declararos;
que yo nada os he encubierto.

CAR. Sí, señora, y aun hacer
vanidad por el acierto.
Cintia es la dama.

DIAN. (Con dísgusto.) ¿Quién? ¿Cintia?

POL. (¡Ah, buen hijo! Como diestro
hieres por los mismos filos;
que esa es doctrina de negro.)

CAR. ¿No os parece que he tenido
buena elección en mi empleo?
Porque ni más hermosura
ni mejor entendimiento
jamás en mujer he visto.
Aquel garbo, aquel sosiego,
su agrado, ¿no hace dichosa
mi pasión? ¿Qué sentís dello?
Parece que os he enojado.

DIAN. (Toda me ha cubierto el hielo.)

CAR. ¿No respondéis?

DIAN. Me ha dejado
suspensa el veros tan ciego,
porque yo en Cintia no he hallado
ninguno desos extremos:
ni es agradable, ni hermosa,
ni discreta, y ese es yerro
de la pasión.

CAR. ¿Hay tal cosa?
Hasta ahí nos parecemos.

DIAN. ¿Por qué?

CAR. Porque a vos de Cintia
se os encubre el rostro bello,
y del de Bearne a mí
lo galán se me ha encubierto;
con que somos tan iguales,
que decimos mal a un tiempo,
yo, de aquel que vos queréis,
y vos de la que yo quiero.

DIAN. Pues si es gusto, cada uno
siga el suyo.

CAR. (Malo es esto.) (Bajo a Polilla.)

POL. (Encima viene la tuya, (Bajo a Carlos.)
no se te dé nada de eso.)

CAR. Pues yo, con vuestra licencia,
iré, señora, siguiendo
aquel eco enamorado;
que el disfrazaros mi intento
fué temor, que ya he perdido,
sabiendo que mi deseo,
en la ocasión y el motivo,
es tan parecido al vuestro.

DIAN ¿Váis a verla? (Con interés.)

CAR. Sí, señora. (Con tranquilidad.)

DIAN. (¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto, cielos?)

POL. (Para largo, que la pierde.) (Bajo a Carlos.)

CAR. (Haciendo ademán de marcharse.)
Adiós, señora.

DIAN. Teneos,
aguardad. ¿Por qué ha de ser
tan ciego un hombre discreto,
que ha de oponer un sentido

a todo un entendimiento?
¿Qué tiene Cintia de hermosa?
¿Qué discurso, qué concepto
os la han fingido discreta?
¿Qué gracias, que yo no veo?

POL. (Bajo a Carlos.)
(Cinco, seis y encaje, cuenta,
señor, que la va perdiendo
hasta el codo.)

CAR. ¿Qué decís?

DIAN. Que ha sido mal gusto el vuestro.

CAR. ¿Malo, señora? Allí va
Cintia; miradla aún de lejos,
y veréis cuantas razones
da su hermosura a mi acierto.
Perdón os pido, y licencia
de ir a pedírsela luego
por esposa, a vuestro padre?
ganando también a un tiempo
del príncipe de Bearne
las albricias de ser vuestro. (Vase por el foro.)

ESCENA II

DIANA, POLILLA que contempla la desesperación de la Princesa

DIAN. ¿Qué es esto, dureza mía?
Un volcán tengo en mi pecho;
¿qué llama es esta, que el alma
me abrasa? Yo estoy ardiendo.

POL. (Alto; ya cayó la breva,
y dió en la boca por yerro.)

DIAN. ¿Caniquí?

POL. Señora mía,
¡hay tan grande atrevimiento!
¿Por qué con él no embestiste,
y le arrancáste a este necio
todas las barbas a araños?

DIAN. Yo pierdo el entendimiento.

POL. Pues pierde también las uñas.

DIAN. ¿Caniquí? Este es un incendio.

POL. Eso no es si no bramante.

DIAN. ¿Yo arrastrada de un soberbio?
¿Yo rendida de un desvío?
¿Yo sin mí (Furiosa.)
POL. Señora, quedo;
que eso parece querer.
DIAN. ¿Qué es querer?
POL. Serán torreznos.
DIAN. ¡Qué dices?
POL. Digo de amor.
DIAN. ¿Cómo amor?
POL. No, sino ellos.
DIAN ¡Yo amor!
POL. Pues, ¿qué sientes tú?
DIAN. Una rabia y un tormento.
No sé que mal es aqueste.
POL. Venga el pulso, y lo veremos. (Con calma.)
DIAN. Déjame, no me enfurezcas;
que es tanto el furor que siento,
que aun a mí no me perdono.
(Yendo de una a otra parte seguida de Polilla.)
POL. ¡Ay, señora! vive el cielo,
que se te ponen azules
las venas y es mal agüero.
DIAN. Pues de aqueso, ¿qué se infiere?
POL. Os lo dije, algo de celos.
DIAN. ¿Qué decís, loco, villano,
atrevido, sin respeto?
¿Celos yo? ¿Que és lo que dices?
Véte de aquí, vete luego. (Furiosa.)
POL. Señora...
DIAN. Vete; atrevido, (Con desesperación.)
o haré que te arrojen luego
de una ventana.
POL. (Agua va.)
Voyme, señora, al momento.
(Vase corriendo.)

ESCENA III

DIANA

DIAN. ¿Fuego en mi corazón? No, no lo creo;
siendo de mármol. ¿En mi pecho helado

pude encenderse? No, miente el cuidado;
pero, ¿cómo lo dudo, si lo veo?
Yo deseé vender, por mi trofeo,
un desdén; pero si es quien me ha abrasado
fuego de amor, ¿qué mucho que haya en-
[trado
donde abrieron las puertas al deseo?
Deste peligro do advertí el indicio,
pues para echar el fuego en otra casa
le encendí, y en la mía hizo su oficio.
No admire pues, mi pecho lo que pasa;
que quien quiere encender un edificio,
suele ser el primero que se abrasa.
(Se sienta golpeando el suelo con el pie.)

ESCENA IV

DIANA y el PRÍNCIPE que aparece por el foro mostrando gran contento

PRIN. (Gran victoria he conseguido,
si mi dicha es cierta ya;
mas aquí Diana está.)
A vuestras plantas rendido,
señora, perdón os pido
de venir tan arrojado
con la nueva que me han dado;
que yo pienso que aun es poco,
siendo vuestro, el venir loco
de un favor no imaginado.
DIAN. No os entiendo. ¿Habláis conmigo?
¿Qué favor decís? (No comprendiendo.)
PRIN. Señora,
el de Urgel me ha dicho ahora
que de ello ha sido testigo,
y que yo el laurel consigo
de ser vuestro.
DIAN. Necio fué, (Con dureza.)
si os dijo lo que no sé,
¿y vos os la habéis creído?
PRIN. Ya lo dudó mi sentido,
mas quien lo creyó es mi fe;

que como milagro fuera
de vos el tener piedad,
os negara el ser deidad,
si mi amor no lo creyera.
En el pecho que os venera,
haber más fe, es más trofeo;
y pues fe ha sido el deseo
de imaginaros deidad,
perdonad mi necedad
por la fe con que lo creo.

DIAN. ¿Y pudo él eso creer?
y ¿él os ha dicho ese error?

PRIN. Si, señora.

DIAN. (Eso es peor
que lo que acaba de hacer;
porque supone estar yo
despreciada y él amante,
pues al príncipe al instante
el aviso le llevó;
que él nunca lo hiciera, no,
si a mí me quisiera bien.
Amor, la furia detén,
pues ya mi pecho has postrado,
que en él, este hombre da labrado
el desdén con el desdén.)

PRIN. Señora, yo el modo erré
de aceptar vuestro favor,
y lo que fuera mejor;
enmendando el yerro, iré
a vuestro padre, diré
la gracia que os he debido,
y rogaré agradecido
que interceda en mi pasión
por mi dicha, y el perdón
de haber andado atrevido. (Vase.)

ESCENA V

DIANA

DIAN. ¿Qué es esto que me sucede
Yo me quemo, yo me abraso;
más si es venganza de amor,

¿por qué su rigor extraño?
Esto es amor, porque el alma
me lleva el desdén de Carlos.
Aquel hielo me ha encendido,
que amor su deidad mostrando,
por castigar mi dureza
ha vuelto la nieve en rayos,
Pues, ¿qué de hacer (¡ay de mí!)
para enmendar ese daño,
que en vano el pecho resiste?
El remedio es confesarlo.
¿Qué digo? ¿Yo publicar
mi delito con el labio?
¿Yo decir que quiero bien?
Mas Cintia viene, el recato
de mi decoro me valga;
que tanto tormento paso
en el ardor que padezco,
como en haber de callarlo.

ESCENA VI

Dicha, CINTIA y LAURA por el foro

CIN. Laura, no creo mi dicha.
LAURA Pues la tienes en la mano,
lógrala, aunque no la creas.
CIN. Diana, el justo agasajo
que, por ser tu sangre yo,
te he debido, ahora aguardo
que sea con tu favor
el que requiere mi estado.
Carlos, señora, me pide
por esposa, y en él gano
un logro para el deseo,
para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí,
pide, señora, mi mano;
sólo tu favor me falta
para la dicha que aguardo.
DIAN. (Esto es justicia de amor:
¡uno tras otro el agravio!
¿Ya no me doy por vencida?

¿Qué más quieres, Dios tirano?)
CIÑ. ¿No me respondes, señora,
DIAÑ. Estaba, Cintia, mirando
de que modo es la fortuna
en sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infeliz
con dudas y sobresaltos,
diligencias y deseos
por un bien imaginado:
sólo porque le desea,
huye dél, y es tan ingrato,
que de otro que no le busca
se va a poner en la mano.
Yo, de su desdén herida,
procuré rendir a Carlos,
obligarle con favores;
hice finezas en vano:
siempre en él hallé un desvío;
y sin buscarle tu halago,
lo que huyó de mi deseo,
se va a rendir a tus brazos.
Yo estoy ciega de ofendida,
y el favor que me has rogado
que te dé, te pido yo
para vengar este agravio.
Llore Carlos tu desprecio,
sienta su pecho tirano
la llama de tu desvío,
pues yo en la suya me abraso.
Véngame de su soberbia,
hállete su amor de marmol;
pene, suspire y padezca
en tu desdén, y llorando
sufra...
CIN. Señora, ¿qué dices?
si él conmigo no es ingrato,
¿por qué he dar yo castigo
a quien me hace un agasajo?
¿Por qué me has de persuadir
lo que tú estás condenando?
Si en él su desdén no es bueno,
también en mí será malo.

Yo le quiero si él me quiere.
DIAN. ¿Qué es quererle? ¿Tú de Carlos
amada, yo despreciada?
¿Tú con él casarte, cuando
del pecho se está saliendo
el corazón a pedazos?
Primero, viven los cielos,
fueran las vidas de entrambos
asunto de mi venganza,
aunque con mis propias manos
sacara a Carlos del pecho,
donde a mi pesar ha entrado,
y para morir con él
matara en mí su retrato.
¿Carlos casarse contigo,
cuando yo por él me abraso,
cuando adoro su desvío
y su desdén idolatro?
(Pero ¿qué digo? ¡ay de mí!
¿Yo así mi decoro ultrajo?
Miente mi labio atrevido,
miente; mas él no es culpado,
que si está loco mi pecho,
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?
Mas yo me rindo al dolor,
para hacer de uno, dos daños.
Muera el corazón y el pecho
y viva de mi recato
la entereza.) Cintia amiga,
si a ti te pretende Carlos,
si da amor a tu descuido
lo que niega a mi cuidado,
cásate con él, y logra
casto amor en dulces lazos.
(Pero ¿casarse? ¿qué digo?
que me estoy atravesando
el corazón; no es posible
resistir a lo que paso.)
Cintia, yo muero; el delito
de mi desdén me ha llevado
a este mortal precipicio
por la senda de mi engaño.

El amor, como deidad,
mi altivez ha castigado;
que es niño para las burlas,
y Dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y a ti te lo he confesado,
a pesar de mi decoro,
porque tienes en tu mano
el triunfo que yo deseo.
Mira si habiendo pasado
por la afrenta del decirlo
te estará bien el dejarlo.
(Vase desesperada por la izquierda.)

ESCENA VI

CINTIA y LAURA

LAURA ¡Jesús! El cuento del loco
él por él, está pasando.
CIN. ¿Qué dices, Laura? ¿qué dices?
LAURA Viendo prohibido el plato,
Diana enfermó del amor,
y del desdén ha sanado.
CIN. ¡Ay, Laura! pues ¿qué he de hacer?
LAURA ¿Qué, señora? Asegurarlo,
y al de Bearne, que es fijo,
no soltarle de la mano
hasta ver en lo que para.
CIN. Calla, que aquí viene Carlos.

ESCENA VII

Dichas CARLOS y POLILLA por el foro, sin entrar en escena

POL. Las unciones del desprecio,
señor, la vida la han dado;
gran cura hemos hecho en ella!
CAR. Si es cierto, gran triunfo alcanzo.
POL. Haz cuenta que ya está sana,
porque queda babeando.
CAR. Y ¿has conocido que quiere?
POL. ¿Cómo querer? Por San Pablo
que me vine huyendo della,

porque la ví querer tanto,
que temí me echase el resto
y me destruyese.

CIN. ¿Carlos? (Llamándole.)

CAR. ¿Cintia hermosa? (Viniendo a la escena.)

CIN. Vuestra dicha
logra ya triunfo más alto
que el que en mi mano pretende.
Vuestro descuido ha triunfado
del desdén que no ha vencido
en Diana el agasajo
de los príncipes amantes.
Ella os quiere; yo me aparto
de mi esperanza por ella,
y por vos, si es vuestro el lauro.

CAR. ¿Qué es lo que dices, señora?

CIN. Que ella me lo ha confesado.

POL. Toma, si purga, señor;
no hay en la botica emplasto
para las mujeres locas,
como un parche de mal trato.
Más aquí su padre viene
y los príncipes: al caso,
señor, y aunque esté rendida,
declárate con resguardo.

ESCENA ULTIMA

Dichos el CONDE, el PRÍNCIPE, don GASTÓN y DIANA oculta

CON. Príncipe, vos me dáis tan buena nueva,
que es justo que os la acete y aun que os [deba
lo que a vuestra persona
pago, en daros a mi hija y mi corona.

GAS. Pues aunque yo, señor, no haya tenido
la dicha que Bearne ha conseguido,
siempre estaré contento
de que él haya logrado el vencimiento
que tanto he deseado,
por la parte que debe a mi cuidado,
y el parabién le doy deste trofeo.

CAR. Y tambien le admitid de mi deseo.

PRÍN. Carlos, yo le recibo

y el mío os apercibo,
pues en Cintia lográis tan digno dueño
que envidiara el empeño,
a no lograr el mío.

DIAN. (¿Dónde me lleva el loco desvarío
de mi pasión? Yo estoy muriendo, cielos,
de envidias y de celos;
más los príncipes todos se han juntado,
y mi padre con ellos;
sin alma llego a vellos,
pues si en su fin se alcanza,
yo tengo de morir con mi esperanza.)

CON. Carlos, pues vos pedís a mi sobrina,
yo, pagando el deseo que os inclina,
os ofrezco su mano;
y pues tanto sosiego en esto gano,
háganse juntas todas
las bodas de Diana y vuestras bodas.

DIAN. (Tras la tapicería de la puerta de la izquierda.)
(Cielos, yo estoy mi muerte imaginando.)

POL. (Bajo a Carlos.)
(Señor, Diana allí te está escuchando,
y has menester un modo muy discreto
de declararte, porque tenga efeto,
que va con condiciones el partido;
y si yerras el cabo, vas perdido.)

CAR. Yo, señor, a Barcelona
vine, más que a pretender,
a festejar de Diana
la hermosura y el desdén;
y aunque es verdad que de Cintia
el hermoso rosicler
amaneció en mi deseo,
a la luz del querer bien,
la entereza de Diana,
que tan de mi genio fué,
ha ganado en mi albedrío
tanto imperio, que no haré
cosa que no sea su gusto;
porque la hermosa altivez
de su desdén, me ha obligado
a que yo viva con él;

y puesto que haya pedido
mi amor a Cintia, ha de ser
siendo así su voluntad,
pues la mía suya es.

CON. Pues ¿quién duda que Diana
deso muy contenta esté?

POL. Eso lo dirá Su Alteza
por hacerme a mí merced.

DIAN. Sí, diré; pero señor, (Saliendo.)
¿vos contento no estaréis,
si yo me caso, que sea
con cualquiera de los tres?

CON. Sí; que todos son iguales,

DIAN. Y vosotros ¿quedaréis
de mi elección ofendidos?

PRÍN. Tu gusto, señora, es ley.

GAS. Y todos la obedecemos.

DIAN. Pues el Príncipe ha de ser
quien dé a mi prima la mano,
y quien a mí me la dé,
el que vencer ha sabido
el desdén con el desdén.

CAR. Y ¿quién es ese?

DIAN. Tú sólo.

CAR. Dame ya los brazos, pues.

POL. Y mi bendición os caiga
por siempre jamás amén.

DIAN. (Al público.)
Astros los ingenios son
del teatro castellano,
que tras un tiempo lejano
nos llega su irradiación.
Brilla en la constelación,
nombre al que unidos se ven
el talento y discreción;
la sublime inspiración,
admírale tú también,
y apláudele con respeto
a don Agustín Moreto
su DESDÉN CON EL DESDÉN.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienèsas
Hamlet
Giordano Bruno
El Nido Ajeno.
El Rey
Prisionero de Estado o La Cortede Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal.
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia.
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S Martín
El desdén con el desdén

Seguirán las obras

AMOR DE AMAR : CUENTO INMORAL

Comedia lírica y Monólogo de

DON JACINTO BENAVENTE

Precio: DOS pesetas